

## ¿Qué necesito o qué me sobra? Esta es la cuestión

*Jesús María Lecea, Sch. P.  
Padre General*

El mundo globalizado se rige descaradamente por la ley del mercado. Una sociedad como la nuestra, sobre todo en países ricos, que se ve favorecida por este tipo de globalización, tiende a crear en la opinión pública y en las personas necesidades nuevas. El despertar de nuevas necesidades provoca deseos de satisfacerlas, que es lo que se pretende, porque así nos vemos abocados al consumo permanente. El consumo es quien garantiza la producción y ésta es el motor del mercado. A mayor consumo, mayor producción. Para que la máquina no pare, hay que consumir más. El aumento de consumo no se basta ya con las necesidades de siempre; hay que aumentarlas. Y la cadena sigue. No soy amigo ni partidario de afirmaciones rotundas y de descalificaciones totales. Normalmente no suelen ser del todo veraces. Nadie puede negar aportaciones positivas de la globalización y del mercado a la calidad de vida de muchos países. Lástima que no llega a todos. ¿Podrá llegar, incluso? Algún periodista y observador de cuanto pasa en nuestro mundo, amenazado de crisis económicas, comienza a decir que la crisis puede ser consecuencia de que todos quieren comer y vestir bien, tener escuela y médico en iguales condiciones... y esto no lo mantiene o tolera el sistema. Si extendemos la igualdad –y estamos hablando de mínimos y de derechos-, no podremos seguir gozando –quienes lo hacen, por supuesto- del nivel de vida alcanzado. Qué barbaridad y qué descaro. No todos somos iguales, se viene a decir. Las pobrezas son útiles a los ricos. Queda feo reconocerlo y decirlo públicamente. Hay que ser corrector. Pero la realidad es que el dios dinero sigue imperando a sus anchas con gran inmunidad.

Sin embargo, la pregunta que formula con fuerza la sociedad de consumo, bajo la potente ley del mercado, a ricos y pobres, después de haber añadido a sus necesidades de siempre otras nuevas, es ¿qué necesito? ¿Qué viejas y nuevas necesidades se me presentan? Las expectativas, después, serán distintas y todavía más las posibilidades reales de conseguirlas. Unos podrán colmar muchas de sus necesidades, otros, en cambio, por su pobreza, siguen sin alcanzar todavía lo mínimo vital. Las oportunidades de mercado no son iguales para todos. Hay quienes se ven beneficiados y otros perjudicados; la riqueza crece para unos y para otros crece, por el contrario, la pobreza. Un mundo globalizado nos ofrece también la posibilidad de ver estas contradicciones. Para un desarrollo más equitativo hay que poner, al menos, un suplemento humanista a la ley del mercado. Tienen su fundamento las críticas al sistema neoliberal, cuando se conoce la exclusión de la riqueza para amplios sectores de la sociedad mundial.

Mi intención, sin embargo, al comenzar la *salutatio* no era hacer un discurso sobre la sociedad de consumo, sino sobre las repercusiones negativas que tiene en la vida de los religiosos, si no somos capaces de un generoso y leal discernimiento. La vida religiosa, con su voto de pobreza y su forma de vida evangélica, debiera ser un revulsivo para un mundo dominado por el afán del dinero; para un mundo, además, presionado por la fuerza apabullante de una publicidad machacona y brillante que está al servicio del mercado. Hay que consumir sea como sea para que no decaiga el mercado, la compraventa, porque es el modo de conseguir dinero. Poco cuenta a veces que lo que se pone a la venta o se invita a consumir sea o no pernicioso para la salud, para la convivencia social, para el respeto al buen sentido y a las libertades. La vida religiosa se mimetiza frecuentemente con lo que se vive alrededor. La publicidad entra

ya hasta en lo más reservado de la privacidad de nuestras casas, como son las mismas habitaciones personales. La publicidad entra por igual en las familias y en las comunidades. Sin darse cuenta –peor será si lo hace intencionadamente- el religioso parece sólo interesado en plantear a la comunidad sus necesidades. Puede venir, incluso, con esa visión antes de entrar, dominado por el ambiente de donde viene. Si la iniciación a la vida religiosa no le plantea una serie de rupturas, seguirá con aspiraciones de riqueza, iguales a las de fuera, aun cuando sean contrarias al espíritu del evangelio y al estilo de vida asumido.

Por ello un ejercicio recomendable al religioso para mantener siempre vivo el espíritu de pobreza evangélico podría ser tratar de responder a preguntas, pero invirtiendo el orden que suele ser el más común. Primero, ¿qué me sobra? A lo mejor ya no llega a la otra: ¿qué necesito? En nuestros ambientes, estamos llegando a situaciones de consumo donde lo correcto será quizás no preguntarnos tanto por lo que necesitamos, sino por lo que nos sobra. Siempre hay, gracias a Dios, excepciones laudables con un estilo de vida austero y evangélicamente pobre. Por ello, mi consideración es una cautela a tener en cuenta solamente. Fácilmente, y con razones aparentemente legítimas, nos vamos cargando de mil cosas; a veces de la última oferta u oportunidad, de la novedad apenas anunciada. Muchas de ellas ni nos son necesarias ni tan útiles. Somos dados a tranquilizarnos con aquello de que “me lo regalan”. Querer legitimar el abarrotarse de objetos, prendas de vestir o comida, el querer disfrutar de facilidad de movimiento y de viajes, de comodidades refinadas... suele ser signo de falta de voluntad para entrar en profundidad en las características de nuestros comportamientos, de tratar de examinarlos seriamente con criterios evangélicos y de vida religiosa. Con estas consideraciones no trato de impulsar moralismos. Aunque también advierto que en algunas acusaciones de moralismo se esconde un escamoteo para no entrar en examen de nuestra conducta. De lo que se trata, al entrar en el tema expuesto, no es de otra cosa que de ofrecer un testimonio de coherencia con nuestra vocación escolapia. Nada más.

“Si la sal se vuelve insípida... ¿para qué sirve?” No hay testimonio “luminoso” en muchos de los comportamientos que mantenemos. Hay que recordarlo. No pongamos cautelas, en este caso defensivas, como si se nos atacara desde fuera con visiones estrechas, juicios apresurados, posturas rígidas, enfoques mezquinos o fundamentalistas. Se dan cosas así ciertamente en la Iglesia y en la vida religiosa. Pero a veces no es éste el caso, sino otra cosa: la realidad interna de una vida religiosa dominada por la fuerza de una corriente de mercado y consumismo. ¿Nuestra praxis evangélica se ha sometido también a la ley de mercado de oferta y demanda? Parece como si nos condujéramos por el “si se ofrece y puedo, ¿por qué no?” ¿Hablamos de necesidades verdaderas, coherentes con nuestro estilo de vida, o de conveniencias? ¿de necesidades que cubrir o de conveniencias a utilizar? No olvidemos que, en realidad, el radicalismo evangélico no nos plantea opciones sólo sobre lo superfluo, sino a veces sobre lo necesario. “Sólo Uno es necesario”, dirá Jesús. Mientras vamos acumulando cosas -nuestras habitaciones y despachos se van pareciendo a mini apartamentos dotados de todo-, ¿podemos justificarlo sinceramente como necesidad?

Vamos a intentar observar las cosas desde otra perspectiva o punto de mira: de lo que tengo o disfruto ¿qué me sobra?; de lo que se me ofrece ¿qué me sobra? Si vamos respondiendo con lógica evangélica, la propia de la vida religiosa escolapia, a lo mejor nuestros argumentos van perdiendo fuerza y calidad lógica. ¿Quién sabe si la necesidad es otra? Seguro que sí. Ante el “Uno necesario” ¿no habrá muchas cosas que sobran?

“No podéis servir a Dios y al dinero”, advierte Jesús. No demos tantas vueltas y no nos procuremos calentamientos de cabeza por convertir nuestro razonamiento en circunloquio (“marear la perdiz”, dice un proverbio popular): Dios necesita dinero. Si

nuestra conclusión es ésta, me pregunto: ¿en qué libro estamos leyendo: en el evangelio o en el informe del mercado bursátil? Con lo cual no digo que no tengamos que dar un vistazo a este último, al menos para estar advertidos del “amigo mammona”.

Tratándose de las cosas de Dios, la respuesta de Jesús es muy dura, pero también clara: “mi casa es casa de oración” que, traficando en ella, habéis convertido en “cueva de ladrones”. Jesús lo dijo ante algunos que querían hacer del templo un mercado para alabar a Dios.

Todos deseamos disponer de cosas; funcionamos así los humanos. Pero a los humanos religiosos podría irnos bien, aunque sólo sea como ejercicio ascético saludable –mejor que el sudoku-, desear “carecer de...”. Hasta a mí me parece que esta *salutatio* ha resultado algo tristonosa y tenebrosa. Que no sea así: vamos a convertirla en invitación a la “perfecta alegría”.

En este mes de noviembre el P. György Etele celebra su 60º aniversario de ordenación sacerdotal. Con gran estima y afecto, nuestra felicitación y enhorabuena, unidos a la oración por su persona y a la acción de gracias a Dios por su fecundo ministerio sacerdotal escolapio.